

CONFERENCIA

“LA SEXUALIDAD HUMANA PARA EL PSICOANÁLISIS”

AUTOR: Dr. Gustavo Chiozza

18 de octubre de 2019

Bueno, buenas noches. Cuando hablamos de sexualidad, todos sabemos a qué nos referimos. Sin embargo, dar una definición de la sexualidad, una definición que incluya todo lo que pertenece a la sexualidad y que deje afuera todo lo que no pertenece a la sexualidad, es algo muy difícil de hacer, algo casi imposible. La sexualidad parece abarcarlo todo y hacerse ella misma inabarcable.

Si bien un poco el tema de la conferencia restringe el tema de la sexualidad a la sexualidad humana, y a la sexualidad humana *para* el psicoanálisis, igual el tema sigue siendo un tema enorme. Básicamente al referirnos a la sexualidad humana no es que tenga la intención de restringir o hacer más fácil el tema sino casi al revés, más difícil, porque la sexualidad humana parece ser distinta a la de los animales. Siempre que nos comparamos con los animales corremos el riesgo de cometer el pecado de ser antropocéntricos pero con la sexualidad parece no haber tanto riesgo. Es evidente que para nosotros la sexualidad tiene una importancia mucho mayor que lo que se observa en el mundo animal. En la mayoría de los animales, la inmensa mayoría, la sexualidad se limita al período de celo. Incluso en las especies que funcionan en grupo muchas veces es solamente el macho alfa el que tiene acceso a la sexualidad y en algunos grupos, por ejemplo en los lobos, solamente el macho alfa lo hace con la hembra alfa; quiere decir que la gran mayoría de los individuos pueden pasar toda su vida sin tener sexo y, por supuesto, sin reproducción. Es cierto que hay algunos primates en los que esto no es tan así, por ejemplo, en los bonobos, pero esta excepción es más la excepción que confirma la regla. En general los animales disfrutan del sexo cuando lo tienen, pero cuando no lo tienen tampoco parecen pasarla tan mal y no parece que esta actividad sea algo que domine tanto su espíritu como nos pasa a nosotros, los seres humanos.

Resulta muy difícil sobreestimar la importancia que la sexualidad tiene para los hombres. ¿Qué otra cosa podría ser más importante que la sexualidad? ¿El dinero, por ejemplo? Bueno, para el psicoanálisis, la satisfacción de los deseos siempre remite a los deseos infantiles y, por eso, como el dinero no cumple ningún papel en la infancia, Freud decía que el dinero no nos puede hacer felices y decía que en el interés por el dinero estaba otra vez el interés por la potencia, por el amor, que son cosas que otra vez remiten a la sexualidad. El interés por el amor es más evidente que remite a la sexualidad ¿Qué otra cosa nos podría interesar más que la sexualidad? ¿la muerte? ¿el temor a la muerte, por ejemplo? Pero piénsese que aún si la muerte nos interesara más que la sexualidad, eso significaría que si el primer interés es la muerte y el segundo la sexualidad, lo que nos preocupa de la muerte es quedarnos sin sexualidad. Y efectivamente Freud decía que nuestra representación de la muerte, la única representación que podríamos tener de la muerte, dado que la vida nunca murió, es la castración. A eso ya nos vamos a referir.

Fíjense qué tan importante es la sexualidad para nosotros que cuando queremos ponerle un nombre a un objeto lo primero que nos interesa saber es si ese objeto es como los hombres o ese objeto es como las mujeres, es decir, hasta las palabras tienen género

sexual. Así que resulta muy difícil sobreestimar la importancia de la sexualidad. Obviamente somos seres humanos, estamos conformes de ser seres humanos, nos gusta nuestra manera de ser, nos parece que nuestra actitud hacia el sexo es adecuada, pensamos que es mejor, que los animales no saben lo que se pierden, disfrutamos del sexo, nos interesa, pero si comparamos la actitud que nosotros tenemos frente al sexo con la actitud que tienen algunos animales frente al sexo, un lobo, un león, no? y comparamos esas dos actitudes y si cambiamos, por ejemplo, el sexo por el alcohol, fíjense que ahí nos parecería que nuestra actitud -si nuestra actitud hacia el sexo fuera la actitud hacia el alcohol- pensaríamos que hay algo de nocivo, hay algo de una dependencia y, al revés, pensaríamos que estos animales que disfrutaban del sexo cuando lo tienen y cuando no lo tienen no lo extrañan, ellos tendrían una actitud adecuada. Y, en efecto, la sexualidad que tantas satisfacciones nos promete, y a veces nos da, también es causa de mucho sufrimiento y de enfermedad. Entonces unas de las cosas a la que deberíamos encontrar una respuesta es por qué le damos tanta importancia a la sexualidad, de dónde viene que tenga tanta importancia y que esto nos haga tan diferentes del resto de los animales, es una de las cosas de las que vamos a tratar de ocuparnos.

El otro punto de la conferencia es la sexualidad humana *para* el psicoanálisis. ¿Por qué *para* el psicoanálisis? ¿Acaso la sexualidad es distinta según quién la mire? Bueno, sí y no. Por un lado, la sexualidad es una cosa pero por otro lado cada uno, según la mire, tendrá una opinión distinta. Kant pensaba que era muy útil diferenciar lo que una cosa es, de lo que podemos llegar a conocer de esa cosa y decía que el conocimiento de la cosa depende tanto de cómo la cosa es, como de cómo somos nosotros que la conocemos. Es decir, hay una diferencia entre la cosa y nuestro conocimiento de la cosa. La cosa es y lo que es de la cosa no es completamente aprehensible por nosotros y nuestro concepto de la cosa en algún punto es diferente a la cosa y, por lo tanto, no lo refleja bien, nos refleja más a nosotros que a la cosa, en algún punto. La sexualidad no es una cosa, ni siquiera es una parte del cuerpo, la sexualidad es una actividad, es algo que hacemos, por lo tanto forma parte de nuestra vida, parte muy importante como dijimos. Y entonces la relación que hay entre lo que la sexualidad es y nuestro conocimiento, nuestro concepto de la sexualidad, se vuelve muy interesante, justamente por el hecho de ser una actividad. Por un lado la sexualidad es más allá de nuestro conocimiento, pero también en la medida en que somos nosotros quienes la ejercemos, nuestro conocimiento de la cosa influirá en lo que hacemos. Por ejemplo, si un aspecto de la sexualidad, yo, en mi conocimiento pensara que eso es algo que está mal, que eso es algo nocivo, que eso es algo enfermo, que eso es algo errado, voy a intentar abstenerme. Si consigo evitarlo me voy a sentir frustrado y si no consigo evitarlo me voy a sentir torturado, por ejemplo, piensen en la masturbación. Si yo pienso que la masturbación es algo negativo, algo que es nocivo y resultara que la masturbación es parte normal de la sexualidad, entonces al querer evitarlo me voy a sentir frustrado y, si no lo puedo evitar, me voy a sentir torturado. Y con eso hacia todos los conceptos de la sexualidad. Por ejemplo, si yo digo que el hombre naturalmente es poligámico y me equivoco en esta definición, entonces no voy a lograr estar satisfecho o voy a lograr algo que me hace mal; al revés, si yo pienso que una cosa nociva fuera positiva, al llevarla a cabo me voy a sentir frustrado, y quizás tal vez podría ser que hasta me enferme. Entonces cuanto más equivocados estemos en nuestra concepción de la sexualidad más distancia va a haber entre lo que pensamos y lo que deseamos y más difícil va a resultar que podamos tener una sexualidad satisfactoria o una sexualidad saludable.

De modo que si nuestro objeto de estudio es la sexualidad humana, también la posibilidad de comprender este objeto de estudio dependerá del instrumento con el que nos acerquemos: no es lo mismo la sexualidad humana contemplada por el psicoanálisis que contemplada por la psicología, o por la medicina, o por la iglesia, o por el Ministerio de

Justicia, o por el Ministerio de Educación, o por la sociedad, desde el punto de vista feminista, desde el punto de vista machista; cada enfoque derivará en un determinado resultado. Fíjense que, por ejemplo, todos están de acuerdo en la importancia que tiene la sexualidad, la importancia de la educación sexual, hoy en día la Educación Sexual Integral (ESI) es una materia obligatoria, y todos, bueno, probablemente la iglesia no tanto, pero la mayoría están de acuerdo que esto es importante, pero lo que no está claro es quién va a impartir esta enseñanza y desde qué enfoque, y este es un tema que no parece discutirse tanto. Todos coinciden que un enfoque inadecuado de la sexualidad puede ser dañino, puede ser nocivo. Seguramente muchos piensan que el enfoque que ha tenido la Iglesia de la sexualidad ha causado mucho daño en las personas y en la educación; muchos también pensarán que el enfoque machista causó mucho daño. Y sin embargo se toma el tema muy a la ligera, no se toma tanta consciencia de la verdadera dificultad que hay en lograr un enfoque adecuado para abordar este tema tan difícil.

El tema parece sobre simplificarse, en nuestros días parecería ser que el criterio que se utiliza para definir la sexualidad es el criterio del deseo: Si lo deseo está bien. Los deseos hay que satisfacerlos, las fantasías hay que llevarlas a cabo, es mejor salir del closet. Resulta llamativo que este criterio del deseo no se aplica a ningún otro ámbito de la vida humana. Si yo deseo suicidarme no está bien que lo haga, estoy enfermo. Si yo deseo fumar, por ejemplo, me van a decir que esto es un deseo enfermo, lo mismo el exceso de alcohol o los excesos en la dieta. Pero inclusive ni siquiera es del todo coherente porque ni en la sexualidad misma se respeta esta ley de que el deseo es válido. Por ejemplo, la pedofilia se considera una enfermedad; independientemente de si se daña o no se daña a otras personas, la pedofilia en sí se considera una enfermedad, entonces ahí no es que el criterio del deseo es válido.

Si nosotros aplicamos lo que decíamos cuando les explicaba esta cuestión de Kant, podemos pensar que el deseo sexual por un lado es algo que depende de la sexualidad, pero también el deseo sexual es nuestra manera de conocer el deseo sexual. Y que si interpretamos de manera equivocada los deseos, esto va a resultar en algo nocivo o en que no podamos lograr una satisfacción adecuada de esos mismos deseos. Por eso este punto de vista, el punto de vista del deseo puramente psicológico, termina resultando algo un poco vago, un poco incierto. Ni siquiera es un punto de vista que mantenga su coherencia interna. Del otro lado tenemos el punto de vista de la medicina, un punto de vista anclado en el cuerpo, para la medicina la sexualidad es reproducción y es el resultado del aparato reproductor. Hay que reconocer que no es un mal punto de vista, no es un mal punto de partida para conocer a la sexualidad. El problema con la medicina es que esto no es un punto de partida, es un punto de llegada, no va más allá, en la facultad de medicina no se estudia sexología, por ejemplo. Estudiar el funcionamiento de una rodilla puede ser muy útil si la rodilla se rompe y hay que arreglarla, pero estudiar cómo funciona una rodilla no nos va a explicar por qué nos arrodillamos cuando vamos a proponer matrimonio por ejemplo, no? A pesar de que en la facultad de medicina no se estudia, hay un estudio muy interesante que hicieron Masters y Johnson que estudiaron la sexualidad, tratando de estudiarla desde el punto de vista de la medicina desde el punto de vista objetivo. Observaron lo que se podía observar, midieron lo que se podía medir, estudiaron cosas muy del tipo de cuánto dura un orgasmo femenino promedio, o cuánto crece el pene en erección, ese tipo de cosas desde el punto de vista objetivo. El punto de vista del psicoanálisis intenta un poco articular estas dos cosas anteriores. Por un lado el psicoanálisis investiga la sexualidad desde el punto de vista subjetivo como un conjunto de deseos y fantasías, pero estos deseos y estas fantasías las experimentamos subjetivamente pero no los suponemos subjetivos. Pensamos que estos deseos son expresiones de pulsiones y que estas pulsiones tienen su origen en el cuerpo, en el funcionamiento del cuerpo. ¿Se entendió bien esta diferencia? El

deseo no es cualquier cosa, la fuente, el objeto de la pulsión podrá variar hasta cierto punto; si lo pensamos con la comida, por ejemplo, mi necesidad de ingerir hidratos de carbono puede hacer que yo pueda comer pastas o que pueda comer helado, algunos prefieren las pastas y otros prefieren el helado, pero ambas son hidratos de carbono. Si yo quisiera comer vidrio, no voy a poder satisfacer bien esa necesidad. Entonces, para el psicoanálisis, por más que el objeto de la pulsión pueda ser medianamente variable, inclusive algunos medios de la pulsión, la fuente pulsional no varía. Para ponerlo en una representación que trae Bateson para otro asunto completamente distinto pero que sirve, es como si dijéramos que para la medicina la sexualidad es como un tren que marcha por las vías de la reproducción; para la psicología es como un colectivo que va por donde quiere, va y viene, va para allá, para acá. Para el psicoanálisis sería como un trolebús que tiene cierta movilidad, pero que si se aleja mucho del tendido eléctrico del cable se queda sin energía y no funciona bien.

El punto de vista de Freud también fue evolucionando con el tiempo; al principio, Freud parte de la medicina y parte desde este punto de vista y entonces la primera concepción que hace Freud de la sexualidad es bastante biológica. En aquella época todavía estaba vigente la definición de la vida de que la vida es la capacidad de alimentarse, crecer, reproducirse y morir, y se consideraba que las unidades biológicas más pequeñas que eran capaces de llevar a cabo esto eran las células. Las células eran las formas de vida más pequeña, la unidad de la vida. Y los seres sexuados, nosotros, tenemos dos tipos de células: por un lado, tenemos las células que se llaman “somáticas”, o “diploides”, son células completas en cuanto a que tienen el total del número de cromosomas, y tenemos otro pequeño grupo de células que son las células sexuales, o haploides que tienen la mitad de los cromosomas. Estas células están destinadas a unirse con las células haploides del otro sexo y juntarse ambas y formar un nuevo individuo a partir de las células que le dieron origen. Los órganos del cuerpo en su mayoría son órganos del cuerpo destinados a ocuparse de las funciones de la célula somática (respirar, comer...). Y hay unos órganos, en especial, los genitales, que son los órganos que se ocupan de llevar a cabo esta transferencia de estas células sexuales; es como si de alguna manera fuera la conectividad, si lo comparáramos podríamos decir que la mujer tiene un puerto usb y que el hombre viene con el cable incorporado y que de alguna manera la función de estos órganos es llevar a cabo esta unión.

De esta concepción, Freud supone que la vida tiene dos fines. Por un lado, está el fin de que todo individuo vive para sí mismo, vive para satisfacer sus necesidades y protegerse de los daños y de los peligros; la supervivencia; pero también dice que el individuo forma parte, es un eslabón en la especie y de alguna manera es agente de las necesidad de supervivencia de la especie, esto es lo que el individuo experimenta como la reproducción. La supervivencia del individuo y la supervivencia de la especie no necesariamente son lo mismo, por ejemplo, si nosotros quisiéramos alimentarnos de los tigres sería bastante riesgoso cazar un tigre, es un animal muy peligroso, muy poderoso, y es mucho más fácil matar una vaca que ni siquiera se defiende. Entonces el tigre tiene una capacidad de supervivencia muchísimo mayor que la de la vaca. Pero gracias a esta capacidad de supervivencia del individuo, su especie, la del tigre, está en vías de extinción. Gracias a que la vaca se defiende tan mal su especie tiene un éxito que lleva a que hoy en Argentina hay más vacas que personas. Entonces la supervivencia de la especie es una cosa y la supervivencia del individuo es otra. La idea es que en algún momento el individuo tendría que distraerse de sus propios intereses y ocuparse un poco de la especie. Como recompensa, o más bien para garantizar esta tarea, la especie concede a esta actividad que le interesa a la especie y no al individuo, el placer mayor, el orgasmo, sería esa la recompensa. Entonces en esta primera concepción habría como dos energías: una de

autoconservación, que Freud llamó libido del yo, y la otra sería la libido sexual. Al principio se pretendió explicar los conflictos como una lucha entre estas dos energías, lo que se conoció como la diferencia entre necesidad y deseo; en versión poética, hambre y amor. Probablemente la moral victoriana del siglo XIX, la época en que estas ideas aparecieron, haya influido en esta versión tan pobre, tan negativa de la sexualidad; es como si uno dijera “la sexualidad no tiene que ver conmigo, son esas células sexuales distintas a las mías, la sexualidad no es mi interés, es el interés de las células sexuales, me corrompen con el placer y me distraen de mis verdaderos intereses”. Pero esta separación entre necesidad y deseo es una versión muy pobre. Pronto Freud comprendió que esto no era así, que el deseo y el placer son algo de la vida que va mucho más allá de la reproducción. Pensemos por ejemplo que un lactante que todavía no tiene ninguna función reproductiva, que no es apto para la reproducción, se alimenta, toma la teta y lo hace para satisfacer su hambre y su necesidad de sobrevivir. Sin embargo, vemos que toma mucha más leche de la que necesita, inclusive toma más leche de la que puede retener y tiene que regurgitar; inclusive juega con el pezón aún no succionando, o cuando es separado del pezón se chupa el dedo y, evidentemente, la necesidad biológica no podría explicar estas conductas. Lo mismo sucede con la defecación, lo mismo sucede con la micción. Evidentemente el bebé toma la teta porque es una actividad placentera y esto no es tan difícil de observar y por eso de alguna manera su deseo de tomar la teta y de chupar va mucho más allá de su necesidad de alimentarse. Entonces si empezamos a vincular la sexualidad con el deseo y con el placer, ahí es donde de pronto la sexualidad desborda este ámbito de la reproducción y empieza a contaminarlo todo y ya no sabemos decir dónde está el límite. Pero esto nos ofrece una versión muchísimo más interesante: no vivimos porque tenemos necesidad de vivir, vivimos porque tenemos deseo de vivir y tenemos deseo de vivir porque la vida nos ofrece la posibilidad de encontrar placer, en cambio la muerte no. No comemos porque tengamos necesidad de comer, comemos porque el hambre es displacentera y cuando comemos cambiamos el displacer por placer. Finalmente Freud comprendió que lo que había considerado esta autoconservación, libido del yo, era también la sexualidad vuelta sobre uno mismo, el narcisismo, pero esto sucedió un poco después. Inclusive bastante después consideró que esta energía sexual, que era la energía de la vida la llamó Eros, justamente con este nombre de la diosa de la sexualidad. Pero bueno, al principio entonces Freud se encuentra con que la sexualidad era muchísimo más importante de lo que todos suponían de lo que él mismo había supuesto en un principio. Y entonces la sexualidad como pulsión, ya no se puede decir que provenga de las células sexuales, la sexualidad como pulsión proviene de todo el funcionamiento del cuerpo y Freud se dio cuenta de que cada órgano del cuerpo, cada función importante aportaba un componente propio a la libido sexual, era fuente de libido sexual, y de alguna manera concibió una sexualidad que brotaba de, por decir así, de todas las actividades.

La sexualidad infantil tenía esta característica de que el acto de alimentación, la succión, la defecación, la micción, todo era fuente de placer. La hipótesis es que, al alcanzar la madurez, todas estas pulsiones que las llamaba pulsiones parciales, que son placenteras en sí pero que también son placenteras pero al mismo tiempo que producen placer producen también más excitación, al llegar a la madurez sexual los genitales es como si asumieran el comando de toda esta energía, y entonces todas estas pulsiones parciales iban recargando a los genitales y los genitales eran los que descargaban, a través del orgasmo, y vaciaban todo el sistema. Es como decir, uno se besa y besarse es placentero, pero a la vez que es placentero también es excitante. Y entonces todas estas actividades parciales van sumando una excitación y los genitales cuando están maduros y logran el acto sexual para el que fueron creados, descargan toda esta excitación y entonces el individuo se vacía. Y si el orgasmo es intenso ya uno se queda dormido porque ya no tiene

más deseos por un rato, hasta que después la cosa empieza otra vez. Esto que describimos, lo describimos para el individuo, el individuo podría ser un hombre pero también podría ser un animal; todavía no hemos encontrado o descrito algo que verdaderamente sea esta diferencia que encontramos. La primera diferencia que encontramos es la magnitud de esta excitación que tiene el humano, que va mucho más allá de lo que pensamos y nos parece que tienen los animales. Un dato bastante más concreto es el tema del celo, los seres humanos no limitamos nuestra actividad a los períodos de fertilidad. Los seres humanos hemos independizado la sexualidad de la fertilidad; esto es otra de las cosas que tenemos que explicar. Y la otra cuestión, a diferencia de los animales, es toda esta existencia de todas estas pulsiones parciales, toda esta riqueza que tiene nuestra sexualidad, donde participan un montón de otros sentidos y otros órganos que forman parte del concierto de nuestra sexualidad.

Quienes estuvieron en la conferencia del año pasado sobre el desarrollo emocional, quizás recuerden que ahí hablábamos de algunas características que hacen que los humanos seamos diferentes. Una de estas características, que habitualmente se refiere o se concretiza en un cerebro mayor, es el hecho de que tenemos una capacidad para archivar y manejar una cantidad de representaciones; nosotros vivimos en un mundo poblado de objetos y para cada uno de estos objetos tenemos palabras y vivimos con un mundo de representaciones muchísimo más grande. Esto no significa decir que como tenemos un cerebro mayor tenemos más representaciones; daría lo mismo decir al revés, que como manejamos muchas representaciones necesitamos un cerebro mayor. Como decía en la conferencia del año pasado, esto hace que nuestra idea del tiempo sea distinta, nosotros vivimos mucho más en el pasado y en el futuro y nos cuesta muchísimo más vivir en el presente, porque al manejar semejante archivo de representaciones, al recordar tantas cosas y querer reencontrar esas cosas en el futuro, estamos más pendientes de lo que fue y de lo que vendrá que de lo que es. También otra característica es que, por todo este manejo de representaciones, somos capaces de creer en cosas que no vemos como la religión por ejemplo, los mitos, las historias, las leyendas; tenemos todo un mundo de fantasías y de creencias que lo consideramos muy superior a lo que vemos en los animales. Quizás este cerebro mayor genere una cabeza mayor y esto determine que el período de vida intrauterina sea menor, a lo mejor no, a lo mejor la naturaleza podría haberlo resuelto de otra manera, pero el hecho es que también otra característica -podría tener que ver con esto del cerebro o no- es que nacemos muchísimo más inmaduros que la mayoría de los animales. Este nacer inmaduro por un lado nos permite adaptarnos en las circunstancias en las que nacemos y nos da una mayor capacidad de adaptabilidad. Ustedes saben que cuanto más se especializa un órgano, cuanto más se especializa una célula, menos flexibilidad adaptativa tiene. Entonces por ejemplo, un mono cuando nace ya por lo menos se puede agarrar de la madre, un bebé humano cuando nace sirve para poco. Entonces esta ventaja de poder adaptarnos también prolonga muchísimo nuestro período de maduración. Y no solamente que lo prolonga muchísimo sino que, además, sumado a esta capacidad de recordar, termina haciendo que el hombre nunca termine de madurar del todo y que en el hombre que es, uno siempre encuentra al niño que fue, en distintos grados y con distintas consecuencias, pero de alguna manera este proceso de maduración se hace muy tórpido y se hace muy largo.

Otra de las cuestiones que también nos hacen diferentes es la necesidad que experimentamos con los vínculos de dependencia, porque también recordamos los vínculos que tuvimos y porque deseamos reencontrarlos y, de alguna manera, nuestra dependencia con los vínculos -como la dependencia que tuvimos en esa infancia que terminó siendo

demasiado larga por esta cuestión- también es otra cuestión que nos hace inmaduros. Pero lo que nos interesa sobre todo es ver cómo esta prolongada maduración influye en nuestra sexualidad y en qué medida esta sexualidad se hace particular en función de esta característica.

Freud desarrolló una hipótesis antropológica, muy interesante, no tan conocida porque estuvo desarrollada en un escrito que estuvo perdido muchos años. A alguno le puede parecer medio raro que el psicoanálisis pueda investigar antropología, no? como diciendo, "¿cómo puedo saber algo de lo que realmente pasó, a partir de algo que está en la cabeza de alguien?", pero en realidad no es así, no solamente que no es así sino que el psicoanálisis tiene instrumentos que lo hacen el único capaz de poder investigar ciertas cosas. Por ejemplo, cuando nosotros vemos que distintas culturas, completamente separadas e independientes la una de la otra, tienen los mismo tabúes, tienen los mismos mitos, que en todas las religiones hay mitos que son comunes, o son opuestos o son parecidos, de alguna manera lo único que puede explicar estas cosas es la capacidad que tiene el psicoanálisis de interpretar estos símbolos y encontrar un sentido común a todas estas cosas. A partir de observar la sexualidad infantil, Freud desarrolló esta hipótesis antropológica, que a mí me resulta sumamente interesante, donde él supone que antes del proceso de hominización, es decir, antes de que el hombre sea hombre, el hombre era un animal que maduraba sexualmente a los cinco años. La cosa es así: el animal era un animal que vivía en grupo, que vivía en un entorno cálido, selvático, se alimentaba de frutos, de hojas, pequeños insectos. Una vida tranquila hasta que en el planeta suceden las glaciaciones. Cuando suceden las glaciaciones el entorno cambia de manera radical y el todavía no hombre, este animal, para poder sobrevivir se tiene que adaptar. Por empezar desaparecen los alimentos, desaparecen los árboles, se ve obligado a ejercer grandes migraciones para conseguir climas más cálidos y para conseguir alimento. Ya no puede trepar, entonces tiene que caminar. Es cierto que el caminar está favorecido porque antes trepaba -y en el trepar uno también tiene una postura medianamente erecta- pero las piernas del simio son mucho más pequeñas y los brazos mucho más largos porque su locomoción depende más de los brazos que de las piernas. Y no solamente que tenía que caminar sino que, además, cada tanto tenía que pararse para ver a dónde iba, para ver si elegía el mejor camino, si lo que buscaba estaba o si había algún peligro y, entonces, cada vez tenía que pasar más tiempo parado. También el tema del estar parado tiene que ver con el tema de la sexualidad porque se aleja del piso y entonces el olfato empieza de a poco a perder la preeminencia. En los seres humanos, el olfato está como más alejado de nuestra consciencia, es un tema interesante que no viene mucho al caso pero... y con toda esta situación el interés por la sexualidad disminuye mucho. Apremiado por el hambre y por la fatiga, de alguna manera el interés sexual es como si se enfriara, junto con esto de las glaciaciones. Los otros machos, a los que antes en aquel entorno más fácil, eran rivales, rivales en la comida, rivales en la sexualidad, ahora los empieza a ver como necesarios aliados para la caza. Y el interés por la hembra y por la cría obviamente disminuye apremiado por esta supervivencia. La situación de la hembra, y esto es lo interesante, es muchísimo más complicada, porque la hembra es más débil y además tiene que hacerse cargo de la cría. Entonces, de alguna manera, la hembra para poder sobrevivir -no podía cazar, o le era más difícil- evidentemente necesitaba del macho, necesitaba tener al macho cerca, además su velocidad de migración arrastrando la cría era distinta que la del macho. Y la manera de asegurarse la cercanía y el interés del macho: la sexualidad. Y entonces la sexualidad empieza a tener un nuevo fin, ya no es el fin de la reproducción, que podría ser el interés de la especie, ya no es el fin del placer, ya no es el fin de la supervivencia de la especie, es el fin de la supervivencia, por lo menos, en principio, de la hembra.

Y aquí Freud deriva algunas cosas que son muy interesantes. La primera cuestión es que ahora la hembra no puede estar disponible para la sexualidad solamente cuando está en celo, tiene que ponerse disponible para la sexualidad con independencia del celo. El otro punto que Freud deriva de esta cuestión es el pasaje al coito frontal porque de esta manera la hembra puede agarrar al macho, por otro lado puede hacer que el macho la vea y la reconozca. Por otro lado también la hembra empieza a perder el vello facial, después todos perdimos el vello, pero es cierto que las mujeres no tienen barba, y esta pérdida del vello facial también facilita la posibilidad de reconocimiento. Es decir que la sexualidad que antes ocurría por el estímulo del celo, si se quiere hormonal, ahora de alguna manera ocurre por seducción. Si ustedes ven por ejemplo una película como "El planeta de los simios" van a ver que estos simios, en el momento en que ya hacen su propia cultura, que las hembras del simio tienen collares, tienen coronas, adornos, es decir que de alguna manera aparece, a partir de la incitación femenina, la seducción. Y la sexualidad empieza a tener otra función, ya no es la función del placer sino que es la función de la unión, del lazo, del amor, de la preferencia, de la exclusividad. Resulta sumamente interesante, la sexualidad sigue siendo placentera, pero resulta que ahora la sexualidad sin amor, la sexualidad sin exclusividad, la sexualidad sin preferencia, sin reconocimiento, no puede ser plenamente satisfactoria. Esta es la hipótesis de las glaciaciones.

Ahora veamos el desarrollo sexual del niño, aquél que llevó a Freud a construir un poco esta hipótesis. Como sabemos el ser humano alcanza la capacidad reproductiva, cuándo? en la pubertad, trece años, más o menos; si pensamos en la madurez sexual a lo mejor tendríamos que extendernos un poquito más en el tiempo. Es decir, que estamos hablando entre ocho y diez años más de ese animal sexual que suponía Freud que maduraba a los cinco años. Durante todo este larguísimo período de quince años, la sexualidad, la evolución sexual del niño, pasa por tres etapas. Pero resulta que estas tres etapas se reparten de manera más o menos equitativa solamente los primeros cinco años de vida, es decir, un año y medio cada una. Después de eso, es como si la sexualidad, coincidiendo más o menos con lo que en nuestra época es el ingreso a la etapa escolar, parecería desaparecer. Otra vez, enfriarse. O transformarse en otra cosa, en aprendizaje. Es como si la energía sexual en lugar de ser actual es como si hubiera quedado latente, como si hubiera quedado dormida, y recién va a aparecer con el despertar de la sexualidad en la pubertad. Este período que por esta latencia, por esta falta de actualidad se llama "período de latencia" que es el período que coincide con la educación, después vamos a hablar un poquito más, es el período de la escolarización, en donde el chico se tranquiliza, en donde el chico aprende a quedarse sentado, donde el chico a veces se vuelve un poquito aburrido y un poquito obsesivo y menos vital, es el que Freud comparaba con las glaciaciones. Así como durante el período de las glaciaciones el simio se transforma en hombre, en este período de latencia el niño pasa de ser un niño salvaje a ser un hombre cultural, culturalizado, un niño civilizado.

A título informativo digamos que, de estas tres etapas, las dos primeras -porque para no hacerlo tan largo no nos vamos a centrar- la primera etapa se la llama "oral", "oral de incorporación", o "canibática", y la segunda etapa es la etapa "anal", o "sádica" o "sádico anal". Nos vamos a tratar de centrar en lo que sucede antes, durante y después de este período de latencia, que es lo que en psicoanálisis se conoce como "la acometida en dos tiempos de la sexualidad". La tercera fase, de estas tres etapas de la sexualidad la llamamos "etapa fálica", "etapa fálico uretral" o "etapa genital primaria". Como vemos en estos nombres, una parte del nombre en general alude al órgano fuente de la excitación, lo oral o lo anal, y la otra obedece un poco más al contenido de fantasía: "canibática", "sádica". Acá, de alguna manera tendríamos también "lo uretral" o "lo genital" como el órgano y la fantasía sería el contenido de "lo fálico". La parte uretral a mí no me convence tanto, me da

la sensación de que la micción en realidad se contamina con el contenido sexual, no es que aporte tanto un contenido propio. Esto es más evidente en los varones en donde hacer pis más lejos es un símbolo de potencia. Y la designación de “genital primaria” también tiene que ver con otra cosa, tiene que ver con que posteriormente se dividieron estas etapas, cada una de estas etapas se la dividió en dos. Entonces se vio que la etapa oral se dividía en una oral primaria, de succión y una oral secundaria, de masticación, cuando aparecen los dientes, y que la anal también tiene una primera de expulsión, que son heces blandas, y una secundaria, de retención. Una idea así al pasar de la teoría psicoanalítica, en general al dividirse estas etapas, estas primeras dos quedan como si fueran cuatro, oral primaria, oral secundaria, anal primaria, anal secundaria. Algo bastante evidente pero no sé por qué nadie se había dado cuenta, viendo... esto fue más o menos cuando nació mi hijo, y observando la cuestión caí en la cuenta de una cosa que debería haber sido bastante evidente, que es que en realidad al haberlas dividido en dos, nos quedaron desordenadas. Que en realidad la etapa oral primaria se corresponde con la anal primaria y la oral secundaria con la anal secundaria, entonces es como si hubiera un primer período en donde el chico toma leche y defeca blando, y un segundo período en donde come comida y alimentos entonces las heces son más duras. Un tema interesante. Entonces con el mismo criterio se dividió, pero no se dividió la etapa fálica en dos, sino que se dijo que la etapa fálica es la genital primaria y después de la latencia, cuando el sujeto ya madura, eso es la genital secundaria. Tampoco me convence mucho llamarla “genital primaria” por dos motivos. La primera es que la secundaria no es una etapa, si es la maduración definitiva ya no es una etapa, ya es el final. La segunda cuestión es que en realidad esta etapa, la etapa fálica, primero que no compromete como zona erógena al verdadero genital, no es todo el genital, esto es más claro en la mujer. Esta etapa en la mujer corresponde al clítoris, pero no a la vagina. Y segundo porque en esta etapa no hay una verdadera diferencia sexual, niños y niñas transitan esta etapa de la misma manera. Por eso a mí me parece más interesante llamarla “etapa fálica” o inclusive “sexualidad fálica”, haciendo énfasis en que esto fálico es una manera de concebir la sexualidad. Tampoco es el primer tiempo de una acometida sexual, porque en realidad no es que hay una primera acometida y una segunda acometida, en realidad es un continuo: El niño ingresa en esta etapa ni siquiera un solo día, e ingresa en esta etapa cuando en realidad en las etapas anteriores, particularmente la anal secundaria, empieza a perder protagonismo, cuando el chico empieza a perder un poco de interés por la materia fecal y por la defecación y se empieza a interesar más por este órgano que tiene que ver con el genital, pero que no es solamente el genital. El órgano fuente de esta etapa, para el varón es el pene y, para la niña, es el clítoris. El pene y el clítoris tienen un origen embriológico común, es el mismo tipo de tejido, es un tejido esponjoso que se irriga y que se endurece con la irrigación sanguínea, y es un órgano muy ricamente innervado, con muchas terminaciones sensitivas, de manera que es un órgano muy sensible, muy sensible al estímulo. Por eso desde el primer momento... todavía no ha madurado, como decíamos, esto va a madurar en la pubertad, a los trece, catorce años, a lo mejor antes, o después... no importa, pero ya desde todo momento, inclusive desde que el niño es lactante, es un tejido estimulable y es fuente de sensaciones muy placenteras. Por eso de alguna manera en la medida en que otros intereses del niño van aflojando -como el interés por la alimentación, por el pecho, después el interés por las heces- se vuelve fuente de una intensa actividad placentera para el niño. Pero no es un órgano maduro, aún no ha completado su desarrollo, no solamente su tamaño sino también su desarrollo, y todavía no es lo suficientemente eficaz para tramitar toda la excitación que produce. En “criollo”: no es capaz de producir orgasmo todavía, la capacidad de llegar al orgasmo vendrá más entrada la pubertad.

Creo que entender esto es algo muy importante, porque preparando esta conferencia me surgía la idea, cómo puede ser que tanta importancia que tiene esta etapa fálica y que se vive tan intensamente, tanta intensidad provenga de un órgano tan inmaduro, parecería una contradicción. Digamos, en la etapa oral, la boca funciona perfectamente como boca. En la fase oral sádica, la boca funciona con sus dientes. Lo mismo en la etapa anal, el órgano ya ha adquirido su madurez. Sin embargo acá tenemos una inmensa excitación que proviene de un órgano pequeño e inmaduro, esto me parecía un tema interesante de comprender.

Otra de las características es que en esta concepción fálica no hay una diferencia entre varón y mujer, entre pene y clítoris o entre pene y vagina. La diferencia se establece entre fálico y castrado. Niños y niñas transitan esta etapa de la misma manera, la concepción es que todos tienen pene; niños y niñas piensan que hombres y mujeres tienen pene, es decir... tienen "esto" que ellos tienen independientemente del nombre; sobre el nombre ahora vamos a hablar. Acá la polaridad no es varón-mujer, pene-vagina, sino la polaridad es fálico-castrado. Y acá también la manera en que se suele entender es decir que se divide a los sujetos entre los que tienen el falo y los que no lo tienen y están castrados, pero en realidad no es así. En esta concepción el niño y la niña creen que todos tienen falo. Ahora me voy a referir a esta cuestión porque la diferencia entre fálico y castrado tiene que ver con la diferencia genital pene-vagina y esto va a suceder un poco después.

Yo creo que en términos cuantitativos este es un órgano capaz de generar mucha excitación, o bastante excitación, quizás no tanto como si el órgano estuviera maduro, pero también el secreto está en esta cuestión de que no es capaz de descargar esa excitación, no es capaz del orgasmo. Entonces, en algún sentido, la excitación que genera no encuentra una buena vía de descarga. Justamente el hecho de que sea este órgano a la vez placentero e insatisfactorio, placentero y frustrante, gratificante y frustrante, me parece que es el elemento que hace que esta fase tenga tanta importancia, porque es como si, no es que un órgano inmaduro genere tanta excitación, sino que al no poder descargarla bien esta excitación se termina acumulando y de acá aparece la idea de estar castrado. Porque en realidad, el niño, en la concepción fálica, no siente que él tenga el falo, más bien él siente que el día que él crezca -y crezca todo su cuerpo y por lo tanto también su genital, el pene para el varón, el clítoris para la mujer- *cuando crezca* va a tener el falo. Y el falo es la versión idealizada del funcionamiento, es la potencia idealizada, es decir, es la omnipotencia. Y esta versión idealizada no puede surgir de otro lugar que de la contrafigura de la frustración. Entonces el niño tiene este órgano, este órgano lo excita, le da placer, pero no descarga, entonces el niño se siente frustrado y esta frustración la experimenta como castración y esta es la castración que genera la idea del falo omnipotente. Entonces el niño se genera la idea de que cuando crezca va a tener un órgano que va a satisfacer todos sus deseos, como él ve que hacen los padres. Para el niño los padres satisfacen todos sus deseos, se pueden comprar todo el quiosco, si quieren, qué mayor prueba de la felicidad que es eso para un chico. Entonces se genera la idea de que algún día yo voy a poder hacer todo lo que quiero. Y esa es la concepción fálica, que al mismo tiempo en esta versión fálico-castrada, en cada sujeto están las dos cosas, lo fálico y lo castrado, no es que él dice "yo soy fálico y vos sos castrado". En esta misma concepción está la cuestión y me parece que es interesante entender esta cuestión así: el niño siente que el falo no es lo que *tiene* sino lo que *va a tener*. El varón imagina que su pequeño pene un día va a crecer hasta ser el pene del adulto, el pene del padre. Y la niña también cree que su pene o su clítoris o "eso" que le produce tanta satisfacción va a crecer hasta ser como el pene de la madre, porque en esta concepción también las mujeres tienen pene. Entonces todos tienen pene, o todos tienen falo, la diferencia es una cuestión de tamaño pero todos tienen y todos van a terminar teniendo.

¿Es que los chicos nunca vieron a nadie desnudo? ¿Cómo puede ser? ¿No vieron a sus padres desnudos o a sus hermanitos, a sus primos o a sus compañeritos de juego? Bueno, si uno sólo pudiera creer en lo que ve no existiría la religión, entonces evidentemente el niño cree en lo que necesita creer, e interpreta las cosas según necesita interpretarlas y, entonces, por más que pueda ver que una chica no tiene pene, pensará que ya le va a crecer, es decir, como el hombre e fe. Pero un día, no sé si un buen día o un mal día, el niño y la niña, pero *un* día, descubre la diferencia de los sexos. Esto es tan traumático que muchas veces el niño no hace una referencia a esta cuestión y entonces a lo mejor aparece un escándalo, la niña aparece con un escándalo o el niño aparece con ciertos síntomas y uno no sabe bien a qué referirlo, tiene que ver. Pero este descubrimiento de la diferencia de sexos marca un cambio y *recién* con la diferencia de sexos, al haber descubierto la diferencia de sexos, podemos hablar de genitalidad porque recién ahora hay una diferencia sexual, hasta ahora era todo lo mismo. Cuando digo todo lo mismo no quiero decir que un niño de dos años y una niña de dos años no puedan tener diferencias, vestirse distinto, hacer cosas distintas, pero en el aspecto esencial que tiene que ver con este órgano que promete todas las satisfacciones, todavía no estaba esta diferencia. Entonces recién ahora podemos hablar de una diferencia de género sexual. Recién ahora necesitamos considerar por separado lo que le pasa a la niña de lo que le pasa al niño, y les pasan cosas muy distintas.

La niña: obviamente descubrir que eso que algún día iba a satisfacer todos sus deseos, descubrir que nunca jamás lo va a tener, es terrible, es una herida narcisista, para decirlo en términos teóricos, pero fuera de los términos teóricos es una desilusión, es un dolor inmenso. Y saber que eso que ella jamás tendrá lo tienen los otros, los varones, se le hace una injusticia imposible de digerir. Se siente irremediamente castrada y envidia el pene de los hombres, que en su fantasía ni siquiera es el pene, es el falo. Y por eso se siente víctima, siente que todo lo peor le tocó a ella, o a las mujeres, y que todo lo mejor, de hecho lo mejor de lo mejor, lo tienen los hombres. Este es un punto de vista muy interesante, si a la luz de esta cuestión vemos muchos de los reclamos, por ejemplo feministas, se nos iluminan de otra manera. Evidentemente hay privilegios que tienen los hombres, pero también hay privilegios que tienen las mujeres, por ejemplo, en el Titanic sobrevivieron más mujeres que hombres, lo mismo que en la Segunda Guerra Mundial. Esto hace que la mujer sienta que, a partir de esta cuestión, es como si la idea de que los hombres siempre tienen lo mejor es una idea muy fundamental y cualquier argumento o cualquier señalamiento de cualquier aspecto en el que ellas tengan lo mejor, no pasa a tener la misma importancia. Y lo que de alguna manera no saben es que esta sensación viene de este descubrimiento infantil que, evidentemente, es un malentendido. Un resentimiento amargo se apodera de su ser y gran parte de este resentimiento está dirigido a la madre, porque la madre ahora es un ser castrado y carente de interés. Y si encima esta madre a un hermanito varón sí le dio pene, además, es mala. Entonces la niña se aparta de la madre y de alguna manera se empieza a acercar al padre, en parte también por venganza y por resentimiento, en parte porque el padre es el que, teniendo el pene, por lo menos tiene algo de más interés y está la perspectiva o la fantasía de que el padre le pueda dar hijos y que estos hijos sean el sustituto del pene. De manera que con la noticia de la diferencia de los sexos la niña ingresa en el complejo de Edipo. Pero también es cierto que este complejo de Edipo es más romántico que sexual, porque de alguna manera la niña queda muy traumatizada con esta diferencia de los sexos y el contacto con su propio genital reaviva esta herida. Por eso muchas mujeres llegan a la adolescencia, e inclusive a la adultez, sin tener un conocimiento claro de la anatomía de su genital, sin querer verlo, sin haberlo visto, sin querer tener contacto con eso que hay allí abajo, o mejor dicho, con eso que allí abajo no hay. Esto se puede elaborar mejor o inclusive se puede elaborar peor, pero esto es lo que hay que

atravesar y después cada uno lo atraviesa como puede, mejor o peor. Pero, de alguna manera, la mujer tiene dificultad de sentirse orgullosa de su genital, de tomar contacto con su genital, de alguna manera es mucho más común que desaparezca la masturbación que en la etapa fálica estaba, porque ya no quiere tener más contacto con lo que allí abajo falta en función de este malentendido. Y de esta manera, a pesar de ingresar al complejo de Edipo, es un complejo de Edipo más romántico e ingresa de esta manera en el período de latencia.

Para el niño descubrir la diferencia de los genitales, descubrir la vagina, representa que ese órgano que promete satisfacer todos sus deseos, ya no es seguro de que lo vaya a tener, porque si hay alguien que lo perdió, también podría ser que lo pierda él. Es decir, la castración ahora pasa a ser una posibilidad y esa confianza que él tenía de que un día iba a ser grande como el papá y tener un pene grande como el papá y que entonces ese día todos sus deseos se iban a cumplir, ahora ya no es seguro. La vagina se le presenta como una cosa horrible, como un tajo, como un agujero, como una “falta de”, claramente como un lugar donde se ha mutilado el pene; la menstruación y la sangre confirman esta idea -no porque la niña tenga menstruación pero a lo mejor él ve los algodones manchados de sangre, que salen de la bombacha- y toda esta cuestión de alguna manera la dificultad y el horror que el hombre tiene con el tema de la menstruación, inclusive ya en la adolescencia y en la adultez, proviene también de toda esta concepción. Y si bien esta cuestión espantosa de la mutilación del pene no le pasó, *todavía*, el punto es que ahora está angustiado de que esto le pueda pasar. Esto es lo que se conoce como “angustia de castración” y tiene el mismo peso en la psicología del varón como la “envidia al pene” en la psicología de la mujer. El niño que hasta hacía poco se mostraba seductor con la madre y rivalizaba con el padre por el lugar con la madre, ahora se aplaca, se asusta. Por empezar, ahora ya no tiene tanto interés en acercarse a la madre que tiene esta situación espantosa de castración y, por otro lado, no se atreve a rivalizar con el padre justamente porque de ahí, de los propios deseos del pene, es de donde surge la fantasía de castigo.

Enamoradiza la niña, evitativo de las niñas el niño, ambos ingresan en la etapa de latencia. La etapa de latencia no solamente también es el rebajamiento y el enfriamiento de toda esta sexualidad...ah, entonces, como dije, así como la niña con esto ingresa al complejo de Edipo, el niño, al contrario, lo reprime y no quiere saber más nada con las niñas, por eso la actitud más común de los niños en etapa escolar es que no quieren saber nada con las nenas; después hay variaciones, obviamente. Y en cambio las nenas son más románticas, más enamoradizas, es esto del complejo de Edipo del que habíamos hablado. También es cierto que esta represión de la sexualidad a veces favorece que parte de la sexualidad que no se enfría, regresione hacia la etapa anal y entonces en esta época los chicos se ponen obsesivos, un poco tienen el hábito controlado, muchos síntomas obsesivos son tan comunes que por ahí ni siquiera se consideran síntomas -por ejemplo el caminar sin pisar las rayas- se vuelven más pulcros, más ordenados, más controlados... El niño se vuelve tranquilo, menos vital; toda esa energía exuberante parece de alguna manera haber desaparecido y, a lo mejor, está puesta en el crecimiento corporal, en el aprendizaje, no porque sea necesaria para el crecimiento corporal porque antes también hubo otros crecimientos corporales que no implicaron este apagamiento de la energía.

Y hacia la pubertad empieza la maduración de los genitales, un nuevo refuerzo hormonal, y entonces aparece este despertar sexual. Pero lo interesante es que esta segunda acometida de la sexualidad no es un primer amor, no es la primera vez, no es algo nuevo, es algo que se tiene que edificar sobre esa experiencia fracasada y traumática de esta sexualidad fálica que fracasó, que fracasó porque el genital no era capaz de producir el orgasmo y porque el niño no era capaz de llevar a cabo lo necesario para tener el orgasmo,

el acto sexual. Entonces de alguna manera se trata un poco de reconstruir esto que ya la primera vez fracasó estrepitosamente. Como el que se quemó con leche el que ve una vaca llora, ya no es lo mismo, por ejemplo ahora el púber, el adolescente se aleja de los objetos incestuosos, los objetos que habían sido los destinatarios de estas primeras pulsiones y, entonces, empieza a buscar la exogamia, más el varón que la mujer, sobre todo porque el varón teme más a la castración. Pero lo importante es que esta segunda oleada de la sexualidad sigue siendo fálica, la concepción sigue siendo la misma, todavía la concepción de la sexualidad no cambió. Y no solamente que es la concepción fálica, sino que es la concepción fálica a la que se le suma la noticia de la diferencia de los sexos, con envidia al pene y angustia de castración. Esto dificulta un montón el encuentro con el sexo opuesto. La mujer sigue sintiendo que el hombre tiene lo mejor, que el hombre goza más, que sólo el hombre goza del sexo, por ejemplo. El hombre sigue temiendo al genital femenino y sobre todo teme no tener la suficiente potencia, no tener el falo, o teme perderla, perderla por castigo, por castración. Bajo el desprecio que muchas veces los hombres ostentan hacia las mujeres se esconde el temor al genital femenino, al que todavía se concibe como castrado y resentido y teme que pudieran castrarlo. El púber, el adolescente tiene miedo de qué va a pasar si mete su pene ahí adentro, es una expectativa que despierta mucha angustia. Para la mujer también es difícil aceptar que el pene pudiera gratificarla, si el pene la gratifica esto aumenta su envidia y si no la gratifica aumenta su castración. Estos conflictos se potencian el uno con el otro, haciendo que los conflictos de uno estimulen los conflictos del otro y que la situación se haga más difícil. El hombre no se siente seguro de su desempeño sexual, tiene la fantasía de tener pene pequeño -que también proviene de la comparación del pene del niño con el cuerpo de la madre- y la mujer con esta situación de sentirse definitivamente castrada se vuelve alguien imposible de satisfacer, entonces una mujer imposible de satisfacer para alguien que encima es inseguro de su potencia, se hace más difícil el encuentro. Por ejemplo, si consigue un hombre atractivo y potente la mujer se siente todavía más castrada, pero si encuentra uno débil e impotente entonces se siente más segura, pero después resulta que a ella le tocó el novio peor y que las amigas tienen novios mejores y entonces vuelve el sentimiento de castración. Entonces vemos que lo que acá está complicando la situación no es la sexualidad, no es la falta de madurez sexual, sino lo que ahora está complicando es la *concepción* fálica de la sexualidad. Esta concepción que todavía no cambió, que a pesar de que vino la segunda oleada sigue siendo la misma sexualidad fálica de la primera oleada, este es el principal problema.

Pero, si como dijimos al principio de esta conferencia, recordamos que la sexualidad va más allá de la concepción que tengamos de la sexualidad, la sexualidad es independientemente de cómo la concibamos, más allá de lo que el hombre y la mujer puedan pensar, de alguna manera su pene maduro y su vagina madura -clítoris y vagina madura- generan deseos, tienen deseos de encontrarse y cuando se encuentran se satisfacen y esto de alguna manera también va abriendo camino a una nueva experiencia. O sea, más allá de esta concepción, la sexualidad sucede y la sexualidad es más que la concepción y entonces, la posibilidad de poder encontrarse con el genital funcionando bien, abre una nueva posibilidad, abre un nuevo camino. La mujer descubre que su genital no es solamente el clítoris, también está la vagina y que las sensaciones placenteras al ser penetrada de alguna manera inauguran una experiencia nueva, una experiencia con la que no contaba, y así empieza a deshacerse esta idea de que allí falta algo, allí hay algo que ella no sabía que había, que no es lo mismo que “estoy segura de que allí no hay nada”. Entonces a partir de este encuentro sexual gratificante que sucede más allá de esta concepción fálica, o que puede suceder si la concepción fálica no lo impide del todo, de alguna manera se va generando una nueva experiencia y, de a poco, la mujer va pasando del clítoris a la vagina, de que su sexualidad, en lugar de estar regida por el clítoris, de

alguna manera cada vez vayan tomando más protagonismo las sensaciones y el placer que proviene de la vagina y de la penetración. Este pasaje del clítoris a la vagina es algo que también se describe, se habla de los dos pasajes difíciles de la mujer: del clítoris a la vagina y de la madre al padre. Y cuando se habla de esto daría la impresión de que estas son las dificultades que tiene la mujer y que el hombre se las ahorra. Yo creo que también hay un pasaje análogo en el hombre y creo que es todavía más complejo sobre todo porque es más confuso, que es el pasaje del falo al pene. Y es más confuso porque ni siquiera tiene un cambio de órgano y ni siquiera es que las sensaciones sean tan distintas, pero de alguna manera el hombre también tiene que descubrir que su pene no funciona según la idea que él tenía de lo que sería un falo; el falo que siempre está duro independientemente de cualquier circunstancia. El pene en realidad es un órgano sensible, que responde de distintas maneras, que tiene una dinámica, que es flexible, que responde de distintas maneras a los estímulos, que se endurece cuando se excita pero también se ablanda cuando se gratifica.

Y así como entendimos que la potencia de la fase fálica, a los cinco años, la gran exuberancia de esa fase, provenía de que los órganos aún inmaduros no eran capaces de drenar la excitación que generaban, también nos encontramos con que, más allá de la latencia, más allá de la adolescencia, más allá de la adultez, hasta que no se logre una concepción madura de la sexualidad, la concepción fálica de la sexualidad atenta contra la satisfacción de la sexualidad y, en la medida en que esa satisfacción de la sexualidad no se logra, otra vez hay un dejo de insatisfacción. Y este dejo de insatisfacción a mi criterio es también lo que explica esta actitud adicta que tenemos hacia el sexo, donde hay algo que de alguna manera no nos termina de satisfacer y necesitamos siempre más. Y, al mismo tiempo, por regresión, esta cuota de insatisfacción es la que también mantiene tan vigente todas las pulsiones parciales que, a veces, inclusive tengan más importancia que la penetración y que el coito en sí.

En síntesis, para finalizar, la maduración sexual definitiva es un proceso complejo que no siempre se logra y que cuando se logra no siempre es irreversible, a veces también puede ser reversible. Pero, por fortuna, eso no implica que a pesar de que podamos tener una concepción inmadura de la sexualidad, los genitales no puedan encontrarse a veces en un encuentro logrado y satisfactorio. Por suerte la sexualidad va más allá de esta concepción que tenemos de la sexualidad, concepción con la que intentamos ejercerla. Nosotros intentamos ejercerla de una manera, pero la sexualidad también es a *su* manera. Y si podemos dejarnos llevar por lo que genuinamente sentimos, sin tantos preconceptos, el ejercicio sano de la sexualidad genital nos indicará el camino. Y en caso de no lograrlo... siempre está la posibilidad de analizarse. Muchas gracias.